

Este relato pertenece al libro *Príncipe, paletes i cornuts*

OJO AVIZOR

El paleta XT 217 se levanta a las cinco de la madrugada, se bebe de un trago el café que le prepara su mujer y, sin despedirse, sale a la calle. Camina presuroso porque tiene los minutos contados para llegar al tren. Hoy, sin embargo, la visión de una chica esperando en un portal lo distrae. Cambia de acera, se le acerca sigilosamente y, cuando pasa junto a ella, le mete mano en la entrepierna. La chica grita; después lo insulta indignada: "¡Cerdo!" Él, mientras se aleja, le saca la lengua y la hace vibrar con un movimiento lascivamente vivo, de lagartija. Justo en ese momento se abre el portal y sale un joven fornido. La chica señala al paleta XT 217: "Ha sido él". El joven lo sigue de forma expeditiva. Lo atrapa en dos zancadas y tan pronto como XT 217, sorprendido, se gira para comprobar quién lo sujeta, el joven fornido le suelta un guantazo seco que lo hace rodar por los suelos. De este modo, hoy, XT 217 pierde el tren de las 6:07 y llega tarde al trabajo.

El maestro de obras lo abronca, lo amenaza y lo veja delante de sus compañeros -no es la primera vez que llega tarde y la impuntualidad saca de sus casillas al maestro de obras-.

Por la tarde XT 217 se pellizca los dedos cuando, abstraído, encajaba unas baldosas. La cola en el servicio de urgencias es interminable. Espera tres horas en la antesala. De nuevo pierde el tren -el de las 19:39, con el que habitualmente vuelve a casa-. Este último contratiempo lo

enerva especialmente, porque acaba de cruzar la estación en una carrera frenética para comprobar como las puertas automáticas se cerraban cuando ya tomaba el impulso del salto final. Regresa en el tren de las 20:39 -a partir de las 20:00 sólo sale uno cada hora-.

Abre la puerta del patio con la mano izquierda -la derecha la tiene escayolada-. Advierte una nota junto al ascensor: NO FUNCIONA. Llega al piso exhausto, desfallecido. Conecta el televisor. Ha tenido mucha suerte: ¡el partido del siglo todavía no ha comenzado! Se alarga en el sofá, y mientras apacigua su nerviosismo con un paquete y medio de Ducados, se exaspera a medida que su equipo encaja una goleada histórica. Los eliminan de la Champions League. Ahora sí que está enfadado de verdad. Se avergüenza del juego de los suyos. Lo han puesto en ridículo. Por eso, en unos segundos sonará el teléfono y ML 193, amigo íntimo y fanático del equipo contrario, se mofará de él. Efectivamente: el estridente ring ring del teléfono empieza a resonar en el comedor y XT 217, angustiado, rompe a gritar: "¡No descuelgues... es ML 193... quiere humillarme!" La mujer, que estaba en la cocina preparando la cena, lo mira contrariada y descuelga. XT 217 se levanta de un brinco, desenchufa el cable telefónico de un tirón y acto seguido arremete contra su mujer. Primero la llama inútil, y después, le suelta un bofetón que le hace manar sangre de la nariz. (Al constatar que las cosas empeoran seriamente, la hija, que estudiaba en un rincón del comedor, coge el libro, enfila la puerta y desaparece.) La mujer reacciona colérica: aprovecha el descuido del marido -que vuelve complaciente al sofá- para incrustarle el aparato telefónico en el occipital. Aunque en primera instancia el golpe lo deja fuera de combate, XT 217 no tarda demasiado en recobrar el sentido y rehacerse. Encendido de ira, ahora persigue a la mujer con el firme

propósito de meterle una paliza. Ella, mientras huye, le lanza los objetos que encuentra a mano -dos vasos, un jarrón, una fotografía familiar enmarcada-. Él lo va esquivando todo con una técnica sensacional; pero no es capaz de faltar el bulto más voluminoso: el televisor se le estampa en el pecho y lo derriba. Se incorpora escupiendo blasfemias. Los gritos se agudizan por momentos. Se desgañita en alaridos. Las venas se le pronuncian en la yugular y en las sienes. Son ríos de cólera. El paleta está fuera de sí. XT 217 mira hacia todos los lados. No la encuentra. Entonces se encamina directamente hacia la cuna y saca al bebé. Con el bebé en sus brazos, amenaza a la mujer: si no se deja atrapar lo lanzará por la ventana. La mujer regresa al comedor; jadea; en su mano temblorosa empuña un cuchillo. Lo insulta: "¡Cobarde, loco, suéltalo! XT 217, obcecado por los insultos, lanza a su hijo por la ventana de un quinto piso.

Se para el tiempo.

Un espeso silencio les hace recobrar el juicio. Ella suelta el cuchillo y se apresura a bajar las escaleras; él dobla las rodillas y se sume en el llanto de la desesperación. Cuando la mujer llega a la calle no encuentra al bebé. Sorprendentemente, no hay ningún rastro: ni cadáver, ni vísceras, ni marcas de sangre. Busca por toda la calle y tanea debajo de los coches; pero no ve ninguna señal. La mujer se hace cruces: "¿qué puede haber pasado?" La madre malgastará el resto de su vida formulando hipótesis; pero nunca será capaz de dar con la verdad: el hijo ha aterrizado sobre un remolque que transportaba balas de paja. La esponjosidad del material ha amortiguado la caída del recién nacido, salvándole la vida. Desgraciadamente, el bebé ha perdido el ojo derecho.

* * *

Al día siguiente, la mujer del transportista identifica unos débiles sollozos cuando barre el garaje. Descubre al niño, y como problemas de fertilidad la han privado de tener descendencia, lo contempla como un regalo de Dios. El regusto bíblico del hallazgo determina que la madre adoptiva se obstine en llamarlo Moisés. Trazando fáciles paralelismos, se convence de que el signo de la magnanimidad predestina la vida del bebé.

Pero Moisés tiene una infancia lineal, estándar. Y tan sólo la travesura de los demás niños altera ligeramente la más predecible normalidad. De hecho, en el parvulario, tan pronto como se dan cuenta de que le falta un ojo, le atribuyen el apodo de "el Ciego". Unos años más tarde, cuando los compañeros crecen y aumentan el vocabulario, afinan un poco más y lo nombran "el Tuerto". Finalmente, ya en el instituto, al profundizar en la mitología clásica, dan con la acepción exacta. Éste será su sobrenombre personal e intransferible: "el Cíclope".

La singularidad de la vida de Moisés el Cíclope arranca un buen día en que sus colegas son asediados por un control policial. Dada la imposibilidad de bajar las ventanillas para deshacerse del material -a una parte y otra del automóvil la Guardia Civil los ilumina con linternas-, todos se creen perdidos. Entonces, el Cíclope tiene una ocurrencia que, a la larga, dará un vuelco a su existencia: se saca el ojo de vidrio y en el hueco que queda mete el hachís. Después se coloca

otra vez el ojo.

Este ingenioso proceder, que en un principio no tenía otra finalidad que sacarlo de un aprieto, de repente le muestra un horizonte lleno de expectativas, y el Cíclope no puede resistir la tentación de convertirse en traficante.

Aunque el orificio no es demasiado grande, puede ocultar con facilidad cinco éxtasis y dos gramos de cocaína...

La cosa es muy rentable. Cada fin de semana hace su agosto. A los pocos meses se deja el trabajo y decide canalizar toda su energía, exclusivamente, en la explotación de su rentable agujero encubierto.

Este sábado, además de hacer negocio, quiere ligar. En la pista de la discoteca se extrae el ojo de cristal, saca una pastilla del orificio y la vende a buen precio. Al recoger el dinero, el ojo se le escurre entre los dedos, rebota contra el suelo como una pelota de ping-pong y una chica se lo hace añicos de un pisotón. Ella se disculpa y él le dice que no se preocupe, que tiene otro de recambio. Además, le explica la diferencia: este ojo, que guarda en una pequeña bolsa de cuero, es su ojo de raver; y tan sólo lo usa cuando se come éxtasis. Éste tiene la pupila más dilatada y está labrado por una maraña de venas rojas reproducidas de forma hiperrealista, para así, cuando se droga, que haga juego con el otro ojo. A pesar de que hoy no se lo quería poner (porque arde en deseos de practicar el mestizaje, y si se toma pastillas se despreocupa del tema, acaba pegado al altavoz como si fuera un cromó y ya en casa se lamenta del bajón en soledad), las circunstancias le obligan a ingerir sustancias tóxicas. La chica ríe y se conocen. Ahora bailan juntos y, cada vez que ella se distrae, él lo aprovecha para clavarle el ojo en el trasero. Pero gradual e inconscientemente, cuanto más va

notando los efectos de la química, tanto más absorben sus sentidos los latidos electrónicos del altavoz.

Cinco horas más tarde, a las diez de la mañana, pedalea por una avenida. Siempre que vuelve a casa en bicicleta y tiene que subir aquella calle tan empinada, maldice a los encargados de la Dirección General de Tráfico por negarle el permiso de conducir a los tuertos. "¿Por qué no nos dejarán conducir esos hijos de puta?", se repite una vez tras otra. Mientras mastica todo tipo de reproches, un mosquito se le mete en el ojo izquierdo. El Cíclope pierde la visión momentáneamente, se desvía del eje de la carretera, invade el carril contrario y un camión, que viene de cara, lo revienta. El impacto hace saltar el ojo de raver, que rueda calle abajo y va a parar al parque que se cruza transversal al final de la avenida.

Allí lo recoge Miguel, el nieto de XT 217, que le dice a su abuelo: "¡Mira que canica más bonita!", y se la muestra. XT 217 toma el ojo de cristal y lo contempla. Siente un escalofrío que le eriza los pelos de la nuca. "¡Esto no es una canica, inútil!", rezonga el abuelo, y le suelta un cogotazo a su nieto. El niño llora. El viejo tira el ojo al suelo y lo pisa. Mezclado con el polvo de aquel camino por donde pasean quedan los finísimos cristalitos, que el viento, al primer soplo, arremolina y dispersa.

Translated by Gustavo García